

X

DOS AMIGOS

Eran las ocho de la noche, y en todo Londres el gas arrojaba sus luces; parsimoniosamente en las calles, pero con brillantez en las tiendas.

En el centro de Scotland-Yard, en una casa de modesta apariencia, un cuarto pequeño se alumbró repentinamente á la luz de un cerillo, y la silueta de un viejo de gran estatura, flaco como una anguila, apareció á la luz de una lámpara que el cerillo encendió.

El viejo usaba un sombrero de fieltro pelado, cuya heroica vetustez indicaba suficientemente que debió haber visto no solamente todo el reinado de Su Majestad Victoria I^a, sino también el gobierno augusto del príncipe regente.

Su saco azul, muy largo y muy estrecho, tenía botones rojos ya por el uso; su pantalón sólo llegaba á las tibias; y para completar este traje traía un bastón de junco con grueso puño de cobre.

La parte más notable de su cuerpo era, sin duda, los remates de sus piernas. Si el cielo se mostró inclemente, rehusándole amplitud á las espaldas, á lo menos le había dado cimientos suficientes para una torre. Sus pies eran largos y anchos, muestra de los bellos pies ingleses que parecen pertenecer á anfibios. Pies enormes que asombraba verlos salir de pantalón tan estrecho, y bien se notaba que su poseedor los cultivaba con ternura amorosa, dándoles el ejercicio necesario para el desarrollo de su forma envidiable.

Cuando el feliz propietario de estas plantas raras hubo encendido su lámpara y dejado su bastón en un rincón del aposento, abrió un cofre de pocas dimensiones y sacó un vaso, una botella y una pequeña medida de hierro blanco.

— ¡Eel skin, Eel skin! (Piel de anguila! ¡Piel de anguila!) murmuró, más me gustaría encontrar mi grog preparado á mi llegada... si siquiera lo supiese hacer! Pero mi pequeña Nicely lo preparaba tan bien que era preciso...

Se detuvo... Después arrojó su fieltro para limpiarse la frente estrecha donde revoloteaban algunos mechones de cabello gris.

— Nada de bestialidades, siguió, — ha llegado la época de poner fin, y el recuerdo de antaño debe bastarme, como dice el reverendo Barlow.

Vertió agua en el vaso hasta más de la mitad, y cogiendo la botella vació de su contenido en la pequeña medida. Un fuerte olor de gin se extendió en el cuarto. El viejo husmeó con amor, como si no quisiese perder

nada, y continuó, mientras meneaba su brebaje con una cuchara de metal :

— Hay quienes beben ajeno, ó « purl-royal », quienes beben gingerbeer... Truenos del cielo!...

Se interrumpió bruscamente :

... Es decir, « piel de anguila ! » prosiguió con el tono que se usa para retirar una expresión. Jamás podré deshacerme, y he ahí un « penny » que tendré que dar á la sociedad contra blasfemias de « White-Fiars... » La sexta parte de un vaso de grog... y si continuó así, me veré obligado á entrar también en una sociedad de temperancia.

Colocó los codos sobre la mesa y se puso á reflexionar amargamente.

Con gesto rápido sacó de su bolsillo un « carnet » grasiento y lo abrió en una página negra de cifras. Era la cuenta abierta por la sociedad contra blasfemias, á la costumbre mala del capitán Dady O'Crab.

El capitán había sido durante sesenta años el blasfemador más audaz de los tres Reinos. Había juntado su vocabulario en las tabernas, en los barcos de Su Majestad y aun en Botany-Bay donde lo habían enviado errores de su juventud.

Cuando llegó á viejo se quiso enmendar y la honorable compañía de « White-Friars » lo había inscrito en el rango de sus más bellas conquistas ; había hecho juramento solemne al reverendo Barlow, de religión presbiteriana, y de oficio, fabricante de cura-orejas, de no volver á blasfemar. Cada juramento le costaba un penny. Pero, como gracia especial, se le había con-

cedido licencia de decir, cuando le acometiese violenta necesidad de blasfemar : « Piel de Anguila ! Piel de Anguila ! »

Dady O'Crab inscribió el juramento, con valor de un penny, en su cuenta con probidad antigua. Podía pasarlo en silencio pues que nadie le había oído ; pero las gentes como él no se convierten á medias.

Mientras que con una mano tenía el « carnet » abierto y con la otra el lápiz, una cabeza de negro apareció en la puerta.

Era una cara que participaba á la vez del niño y del viejo ; una cabeza joven y á un tiempo senil ; mirada viva, brillando la inteligencia y la malicia.

Por error hemos dicho « una cabeza de negro ». Mirando más de cerca se notaba que la cara de este muchacho-viejo desaparecía bajo una capa de hollín. Esta cabeza precedía á un cuerpo exiguo, vestido con traje de deshollinador.

El recién llegado lanzó una mirada maliciosa sobre el capitán, y avanzó de puntillas hasta el vaso de grog, lo cogió cuidadosamente y lo envasó, entre pecho y espalda, sin respirar. Después, arrojó un profundo suspiro de satisfacción.

— Bien, hete aquí ya, dijo el capitán guardando metódicamente su carnet. Piel de Anguila ! He pagado ocho « pence » hoy, y quiero que la cólera de Dios me... es decir : ¡ Piel de Anguila ! Habiendo así hablado para evitar la multa novena, avanzó la mano, sin mirar, y cogió el vaso. El deshollinador se había retirado

prudentemente y se ocupaba activamente en el otro extremo del cuarto.

Cuando el capitán se percibió que su vaso estaba vacío, el tinte apergaminado de su mejilla se tornó violáceo y sus labios temblaron de cólera.

— He aquí una cosa, hijo de Satanás, dijo procurando guardar su sangre fría, que contará para tu perdición eterna... No sólo te has bebido mi grog como infame ladrón que eres, sino que me haces tener malos pensamientos. Porque precisamente en el momento en que inscribía mi penitencia, como cristiano honrado, con lealtad digna de mejor suerte, he sufrido la pérdida de mi grog... Lo que prueba bien...

Detuvo con heroísmo la blasfemia que iba á pronunciar, é interiormente repitió cuatro veces la ofensiva « Piel de Anguila ».

El otro continuaba imperturbable su « toilette » observando con el rabo del ojo, para escapar á tiempo si había necesidad de ello.

El capitán contemplaba su vaso vacío, y á pesar de los mandatos de la sociedad una legión de blasfemias se juntaban en su laringe. Toda la bella colección revisada, corregida y considerablemente aumentada estaba ahí, pidiendo salida.

Hizo un último esfuerzo para detener la avalancha. Después, sudando y respirando penosamente, rompió el vaso con violencia contra la pared.

— Puesto que ya no tengo gin en la botella, maldito Pip, exclamó el capitán en un tóno á la vez de cólera y queja, puesto que mi limón ya no tiene jugo y he

roto el vaso marcado por mi mujer Nicely, y del cual me servía desde hace quince años... Puesto que me has hecho dudar de la justicia divina ¡reptil de la Estigia! quiero jurar : Truenos del Cielo! y veinticinco millones de cuernos del Infierno.

— Eso hace ya tres « pences », murmuró Pip, cuya cara habíase vuelto blanca como la leche.

— ¿Y qué te importa, hijo de las llamas? Reniego de Dios! ¿Ves? Y son cuatro pences! Maldición á los satánicos escrúpulos de Barlow! y son cinco! Que todos los diablos me lleven! y es la mitad de un « she-lling! »

Avanzó un brazo largo como verga de navío en dirección del bastón con puño de cobre, con una intención que no podía ser aprobada por Pip, seguramente.

— Calmaos, capitán, dijo éste; yo os pagaré otro vaso de grog.

— Calmarme, exclamó con voz estruendosa, quisiera ser ahorcado, y condenado en la otra vida si no te rompo las costillas por el mal que has hecho á mi conciencia! ¡Calmarme! y ¿qué va á decir el Presidente Barlow?... ¡Cuerno de Satanás! Hoguera del Infierno! Vientre del Diablo! Condenación! y... ¡Piel de Anguila!

Se ahogaba.

Pip se había retirado prudentemente tras la puerta.

— Escuchad, capitán, dijo, querría proponeros pagar vuestras multas, pues que soy el culpable... pero si continuáis no alcanzará con una corona... y yo no soy más rico que vos.

Dady se dejó caer sobre la silla; sólo él sabía el número de blasfemias que le quedaban.

— ¿Por una corona? murmuró con desolación, di mejor por una libra, criatura despreciable y sin corazón. Aquí están todas las blasfemias, me ahogan y quieren salir! ¡Ah! ¡Piel de anguila! ¡Piel de anguila!

Se escucharon pasos en la escalera.

Pip entró bruscamente, se lanzó hacia Dady teniendo en la mano algunas monedas á guisa de ramo de oliva.

— Vamos, papá, vamos, dijo. He hecho la cuenta y hay justamente dos « shellings »... es caro; pero detengamos la tormenta! Ahí viene el Sr. Andrew.

Dady aceptó el dinero, no sin hacer al ex-deshollinador un signo de cólera, y se retiró al rincón más obscuro del cuarto, diciendo aún á Pip.

— Voy á contar, serpiente incorregible, y si no hay bastante me deberás la diferencia entre esto, y el valor de mi vaso y grog.

XI

DOS INFORMES

La puerta se abrió y entró Uckrill con aire pensativo. Al principio solo vió á Pip que aún no acababa su « toilette ».

— ¿Qué sabes? preguntóle sin más preámbulo.

— Maestro, respondió el ex-deshollinador, que en su color verdadero era un joven, bastante simpático, como de veinte años, y acaso más, gastado precozmente por la vida. Maestro, figuraos que no se entra como quiera en casa del alderman... La ama de llaves, roja como un dragón, pretendía que las chimeneas se habían limpiado el mes último.

— Te pregunto lo que sabes, interrumpió Uckrill. Después tendrás tiempo de vanagloriarte ¿Has comprendido?

Pip hizo un gesto de buen humor.

— Pues que no hay tiempo de charlar, continuó, abreviaremos. Tan sólo por darme gusto el ama de

llaves me permitió limpiar el tubo de su cuarto... Dios sabe lo que he trabajado; pero, por último, llegué al gabinete del alderman en el momento en que nuestro hombre sacaba su cartera...

— ¿Y el diamante? insinuó Uckrill.

— Dieta absoluta!..... no hay más diamante que sobre la palma de mi mano.

— Entonces, ¿qué sabes?

— Sé que el alderman es un canalla, respondió Pip, que mientras hablaba se había arreglado y tenía casi el aspecto de un pequeño « gentleman ». Y sé que la cartera contiene trescientas cincuenta mil libras esterlinas.

— Entonces, no hay diamante! exclamó, casi con júbilo Uckrill, levantándose y paseando en el cuarto.

El capitán Dady pensaba:

— He ahí un mérito, subir en las chimeneas.

Pero ya estaba de buen humor, porque hecha su cuenta resultaba ganancioso en algunos pences.

— No, en efecto, maestro Andrew, siguió Pip, que el diamante esté aquí ó en los antipodas, él no lo tiene, y el alderman así lo comprende. Ha colocado las trescientas mil libras en su caja, jurando que quisiera ser condenado si esta fortuna salía de allí.

Uckrill no respondió; su pensamiento trabajaba.

— ¿Es todo? preguntó Andrew.

— No, respondió Pip. — Day-Lily ha ido.

— Lo sé, interrumpió Uckrill.

El capitán, paró oreja.

— Pardiez, exclamó con sus encías desdentadas, bella malicia!

— En cuanto á lo hablado por Day-Lily y el alderman, no puedo informaros bien... Han hablado de un negocio, el diamante ha salido á relucir... y he oído pronunciar el nombre de la marquesa... Después, el alderman ha llevado á Day-Lily al jardín. Yo descendí por la chimenea de la digna ama de llaves, la abracé por la molestia, y heme aquí.

— Vaya un placer, abrazar á un deshollinador en funciones, pensó el capitán.

Uckrill con la cabeza en las manos parecía seguir la meditación empezada en la « Pretty-Lane ». Hacia tiempo que sentía redoblar sus inquietudes por el porvenir de miss Mary Zephyr. ¿De qué no sería capaz el alderman, de quien dependía esta niña?

Por esto había formado una familia policiaca; en ella, los grados se marcaban al revés de la autoridad y valor.

Uckrill, jefe, nº 3.

El capitán Dady, nº 2.

Y el gentleman Pip, nº 1.

Si hemos visto á Uckrill soñar bajo las ventanas de Mary, era porque el sentimiento de devoción á la niña amenazada y sin defensa le llevaba á velar sobre ella. La llegada á Londres de sir Franck le había dado esperanzas; éste sería un aliado. Por un instante había temido fuese un canalla como su hermano Adrián. Corrían rumores poco favorables al antiguo residente, y Uckrill había estado encargado de espiarlo. Si después de haberle observado dos días en el Creolian, y de haber asistido á su entrevista con el 28, de la ordi-

naria, le hubiesen quedado dudas, Pip, con su informe, las hubiese desvanecido. Lejos de ser un malvado, sir Franck había querido ofrecerle su bolsillo al 28 ordinario, que sin embargo le había insultado; y en lugar de ser un ladrón, Adrián le quería robar.

Otra cosa que Uckrill se prometía impedir.

Meditaba en lo que Pip le acababa de decir, y pensaba en voz alta:

— Si Day-Lily es la que maneja este asunto, vamos á tener trabajo de sobra. Habrá grandes embrollos como en las piezas teatrales modernas, pues esta miss Sun-Ray, jamás vá á su fin recta, sino que inventa intrigas en todo el camino. ¡En qué triste laberinto hemos caído! Si hubiese encontrado al viejo Dady esta mañana, le hubiese puesto sobre la pista; pero estoy seguro que habrá dormido todo el día en alguna taberna del Támesis.

Dady se levantó como movido por un resorte y tosó:

— Muchas gracias, ¡piel de anguila! exclamó, porque esta tarde no me he sentado bastante, Vuestro Honor!... Me agradecería saber como hubierais hecho para ponerme en la pista de una caza que no estaba levantada... ¿Sabiais esta mañana que Day-Lily y su « escuela » os darían qué hacer? ¡Quisiera que el diablo!... Bien, bien, vos sois testigos que no hay lugar á multa porque no he dicho lo que querría del diablo.

Se plantó enfrente de Uckrill en posición de soldado sin armas, y prosiguió con modesto orgullo:

— Hay gentes que hacen las cosas sin que se las digan... verdad es que no sé encaramarme á las chime-

neas como el gentleman Pip... Tan sólo quisiera, maestro Andrew, que me escuchaseis un poco para que vierais lo que es un informe hecho en forma.

Cambió de tono y tomó un acento nasal:

— Habiendo sido capitán, como mi sentido primo Paddy O'Chrane, dijo midiendo sus palabras, y jefe de hotel en tiempos de mistress Nicely, mi mujer, que tenía una taberna de los caballeros de san Jorge en « Upper-thames street », no he creído de mí deber aceptar el simple título de sargento de la policía que me ofreció el jefe de la Oficina de Scotland-Yard ó más bien el gobierno de la Reina... he preferido entrar en vuestra familia, maestro Andrew, porque esperaba se me trataría con la consideración y respeto que me son debidos... Conocía desde su infancia al joven Pip, aquí presente, y si no cuento su historia ahora, no es por miedo de lastimar su modestia, sino porque será motivo de otra conferencia más extensa...

— ¿A esto llamáis informe en forma, papá? pregunto Pip.

El capitán, temblando de cólera se volvió á Uckrill.

— Si este extracto de bandido manda en vuestra casa, bien podéis jurar...

Se detuvo para el mejor bien de su conciencia.

... Es decir, jurad lo menos posible; no juréis jamás! Lo cierto es que desde su más tierna infancia prometía llegar á ser un adorno detestable y ha sobrepasado toda esperanza.

Uckrill, con un gesto, impuso silencio á Pip. El mismo se cuidaba de interrumpir al capitán que tenía

su manera de contar, y á quien nada podía sacarse por medios ordinarios.

De modo que, siguió Dady, después de algunos segundos de silencio, he ido al Creolian esta mañana á saludar á Vuestro Honor, como creo era mi deber... Este joven estaba conmigo... La gente del navío nos dijo que el residente de Nepaul había partido y que vos le habíais seguido como su sombra.

Pip ha dicho : — Este es el momento de ver si las chimeneas del alderman tienen necesidad de ser limpiadas.

« Lo he animado acariciándole el mentón, pues hay que sostener siempre el ardor de los jóvenes, y le he hablado, poco más ó menos así :

« Pip, amigo mío, tu padre era un mendigo renegado de White-Chapel y tu madre una miserable del mismo barrio detestable... No hablo de tu hermana Swab, de sobrenombre Flower-of-dung, que lleva una existencia detestable, tragando todo el gin de Londres... Un saco de carbón jamás hará blanca harina... Si tú eres sin vergüenza á medias, esto cuenta en tu favor. No sabía entonces cómo el gentleman Pip me pagaría esta tarde... Pero pasemos adelante porque no soy de los que dicen poco en muchas palabras... El Sr. Pip se fué enseguida y yo atravesé la Cité hasta Poultry donde pensaba encontrarlos.

« En el momento en que llegaba, vi al 28 de la ordinaria recibir un bello puñetazo en el pecho... Pero después llegaba Day-Lily con su tren elegante... ¿Habéis notado la cara del groom y del cochero, Sr. Andrew?

— No, respondió Uckrill, acababa de ver á Day-Lily entrar en casa del alderman y estaba muy preocupado.

Dady movió la cabeza.

— No tengo que dar consejos á mis superiores, dijo, pero me dirijo á tí, Pip, maligna criatura... No hay que preocuparse, ¿me entiendes? Los que se preocupan tienen ojos y no ven, como los malditos de que habla la Biblia; tienen oídos y no oyen, y quiero que el Infierno me...

Pip que hacía el nudo de una corbata de satin sobre un cuello de blanca irrepachable, dirigió al capitán una mirada burlona preguntándole.

— ¡Y bien! papá ¿Qué le queréis al infierno? Ya sabéis que si tiene segunda parte la operación de hace poco, cierro el cofre fuerte.

Dady O' Crab no respondió á esta insinuación directa; continuó dirigiéndose á Uckrill.

— Me queda que decir, que el groom no era otro que el maestro de baile Jonathan Girle...

Uckrill hizo un movimiento.

— ... Y el cochero, el legista Roberto Vaughtant, concluyó Dady con aire triunfante.

— ¿Estáis seguro de ello? preguntó Uckrill con vivacidad.

El capitán hizo un signo afirmativo.

— Tres jefes de « escuela » juntos, murmuró Uckrill; los tres más hábiles ladrones juntos... y entre ellos esa mujer que vale por diez!... Desde mi viaje á Francia sabía que estaban asociados... Pero esto no lo había

visto, y os aseguro, muchachos, que vamos á tener hilo que torcer.

El joven gentleman Pip se frotó las manos, como un buen soldado que se exalta al pensamiento de una batalla.

— En cuanto á decir que esto no se ha visto, señor Andrew, rectificó el capitán tomando su acento dogmático, os equivocáis, si me permitís expresarme así. He visto tiempos, y Pip también, aunque no sea viejo, en que todos formábamos... es decir: todos los ladrones de Londres formaban una sola reunión que se llamaba una familia, como la honorable escuadra á que pertenezco actualmente... Pero la familia de ladrones, en lugar de componerse de tres miembros como la nuestra, estaba formada por cien mil adeptos, y los jefes eran lords, Vuestro Honor, lords verdaderos!

« ¡Ah! ¡ah! añadió con sonrisa enigmática, yo sé bellas historias! Las gentes de Mary-le-Bone no osaban acercarse al Támesis las noches de bruma... Era un comercio terrible, Vuestro Honor... Cuando se veía brillar, en la noche, la linterna verde de Black-Friars y la linterna amarilla de Westminster, las taberneras de la cité preparaban millares de grogs!... Y si el elefante Saunders no hubiese cegado con su gran cuerpo el subterráneo que habíamos hecho bajo la calle Prince, ¡Dios me condene! ó más bien ¡Piel de anguila! yo bien sé lo que hubiera pasado con los lingotes del Bancó de Inglaterra! ¡Ah! ¡ah! el marqués de Rio-Santo no tenía muerta la mano! ó que el infierno me quemel

Sé había exaltado por modo tal, que el último juramento le pasó por los labios sin excitar su sensibilidad.

— Aun hay agua en la noria, murmuró Pip acercándose á Uekrill; pero el informe — si á esto se llama un informe — no se acabará mañana... y os aseguro que en Portland Place, hay una joven de la high life que me espera muerta de impaciencia.

— Ya te oigo, malvado, exclamó el capitán con voz tonante. Dudas que haya descubierto más, porque paso por las puertas y no por los tejados... En cuanto á la dama que te espera, no vive en Portland sino en Ave-Maria-Lane, en una casa condenada. Pertenece al gran mundo, es verdad, porque acaba de usar los zapatos de las camareras de las grandes damas... Se llama Suky y se parece como dos gotas de agua á tu hermana Sivab... Alza las espaldas si quieres, gentleman, pero no me contradigas... mentir es gran pecado.

« He aquí cómo estábamos, se interrumpió, colocando su dedo largo y huesoso en un botón del traje de Uekrill; Day-Lily en casa del alderman; Roberto Vaughant en el pescante del coche, Girle detrás... y el capitán Dady dentro!...

— ¡Cómo! ¡Dentro! exclamaron á la vez Andrew y Pip.

Dady estaba tan satisfecho de su éxito que perdonó á Pip su interrupción. Miró en silencio á sus interlocutores y gozó un instante de su triunfo legítimo.

— Miss Sun-Ray es el jefe, dijo por fin; pero gentes como Jonathan y Roberto conservan su libre arbitrio... Yo tengo un negocio con ellos... Este negocio...

Se detuvo y lanzó á Pip una mirada sospechosa.

— Pero no sé si deba hablar delante de este joven, la mala conducta observada por él esta tarde...

Pip le cogió las manos y las estrechó con efusión.

— Papá, exclamó, cuando estáis en vuestro juicio, os encuentro grande como el dombo de San Pablo... Mañana os traeré una botella llena de gin y un vaso marcado con medida mecánica... Hablad delante de mí sin temor para que pueda formarme con vuestras enseñanzas!

Dady O'Crab se lisonjeó. Sobre todo, el vaso marcado le llegó al corazón.

— Bien, respondió con aire modesto, se trata simplemente, entre ellos y yo, de juntar á los ochenta mil ladrones desparramados en Londres... la idea es mía y ellos la han aprobado... para prenderle fuego al palacio de Cristal para llevarnos toda la « Grande-Exhibición » ayudados por el incendio...

XII

EN CAB

Uckrill había dicho al cochero Jim : — Sube por Temple-Bar, sigue el Strand y enséñale los parques á milord... Tendrás buena propina. Flemática y concienzudamente Jim siguió el itinerario marcado.

Por otra parte lo mismo hubiera sido que se hubiese dirigido á otra parte, porque sir Franck no se ocupaba de lo que pasaba alrededor de él. Su aventura de hacía poco le había puesto de humor malísimo. Repasaba todos los hechos, y se sentía aburrido bajo aquel cielo gris; la vista de la turba le sofocaba y el ruido habitual de la ciudad, todo aquel murmullo, aquel movimiento continuado, le ensordecía...

Pensaba, con dolor, en los grandes espacios azules y tranquilos de « allá abajo », en su capital, en su palacio donde aún ayer era casi rey.

Aquí, las casas uniformes, construídas regularmente y alineadas le daban idea de las murallas de una prisión.

Todas las cosas que veía, aunque nuevas, tenían el sello del reclamo, del comercio, de la especulación; y, en lugar de distraerle, añadían melancolía al fondo que constituía su carácter.

Pero su melancolía habitual era el resultado de acontecimientos dolorosos que habían dejado en su vida un profundo duelo... La tristeza que sentía en ese momento le venía simplemente de las cosas, del ambiente, de la tonalidad fría del cielo, de todo y de nada.

Ahí llegaba sir Franck en sus impresiones, cuando, de repente, se detuvo el cab, y este alto lo sacó de su ensueño.

Sin que se hubiese percibido, el coche había subido todo el Strand, y se encontraba en Picadilly, á la entrada del Green-Park.

Era la hora que se llama en París « retour du Bois ».

El lugar, donde la afluencia de coches acababa de causar la detención momentánea del coche de sir Frank, era el punto donde comienza el paseo elegante de la capital inglesa. Ahí es donde cuotidianamente desfilan las bellas « ladies », y las « misses » rubias.

Una victoria que venía en sentido inverso, fué forzada á detenerse también, tan cerca del cab que casi se tocaban las ruedas.

Sobre los cojines, envuelta en una gran piel de zorro azul, estaba despreocupadamente tendida, una mujer.

En esta situación, frente á sir Franck, estaba tan cerca de él, que el antiguo residente no pudo menos que verla, y, sobre todo, admirarla.

Hay mujeres tan perfecta é indiscutiblemente bellas

que justifican el epíteto de divinas. Tal era la desconocida, ante quien se hallaba detenido sir Franck.

Al momento de percibirla, volteaba ella la cabeza al lado contrario; así es que sólo pudo notar un perfil admirable y el nacimiento de una nuca soberbia, donde revoloteaban algunos rizos rubios dignos del Ticiano. En lo alto de un cuello lechoso y flexible una oreja diminuta que parecía de nácar rosa.

Desde la desaparición de Nowla y de su hija, sir Franck no había concedido una mirada complaciente á una mujer.

¿Fué efecto del destino que le ponía delante de los ojos, tan cerca, un tan bello espectáculo? ¿Fué la misma perfección del cuadro lo que le detuvo? Lo que hay de cierto es que su mirada, después de haberse posado maquinalmente, se detuvo con cierta expresión de interés.

Casi al mismo tiempo la desconocida volvió hacia el antiguo residente la cabeza, y este movimiento no rompió el encanto.

Por el contrario, sir Franck permaneció asombrado.

No era una mujer, sino una jovencita, con toda la frescura de una Flora y la gracia y fiereza de una Diana.

Ahora lo que se veía de ella era la incomparablemente pura y dulce expresión de la cara.

Sin duda, volviéndose del lado de sir Franck, no esperaba encontrar un caballero, tan cerca, absorto en su contemplación, ó bien la mirada del antiguo residente expresaba, á las claras, su emoción... Ella enrojeció un poco, encontrándose causa de esta mirada, y

no pudo impedir que asomara á sus labios una sonrisa esfumada.

Toda esta escena, apenas si duró un minuto.

La circulación se restableció, la victoria continuó hacia el Strand, mientras el coche de sir Franck iba hacia Hyde-Park.

Pero esta encantadora é inesperada aparición, había producido sobre Franck Zephyr el feliz efecto de sacarlo de su mal humor, poniendo un poco de rosa en sus sueños grises.

Inconscientemente sonreía y maquinalmente se inclinó varias veces fuera del carruaje como si buscara la exquisita aparición desvanecida.

El encuentro de la bella paseante había coincidido con el momento en que el cab, conducido por Jim, iba á entrar á Hyde-Park. Ahora el coche rodaba muellemente por la arena, y la febrifuga circulación de poco hacía, era reemplazada por el pasear lento y reposado de los coches de lujo; el aire puro, cargado de sutiles olores, perfumes femeninos mezclados con los de las primeras flores del año.

Sir Franck había olvidado la ridícula aventura del 28 ordinario, y había caído en un ensueño rosa.

Un trabajo singular se operaba en su espíritu.

La vista de la desconocida le había recordado la imagen de Nowla; no que se pareciesen en los rasgos; pero ciertamente su belleza igualaba la de la Indígena y era ésta la primera ocasión que le era dable hacer constar ese hecho.

Sí, era la misma gracia soberana, la misma pureza

y la misma fiereza ideales de líneas, la misma nobleza de gesto, y sobre todo la misma juventud deliciosa!

Eran iguales en esplendor y por eso se parecían, de cada una de ellos emanaba un rayo de estrella.

El antiguo residente no pensaba jamás en Nowla sin pensar al mismo tiempo en Miriam.

¡Miriam! También ella, ¡cómo sería hermosa!

¡Qué tesoros de gracia y de gentileza había mostrado, aun siendo niña!

¡Qué horas de éxtasis había vivido en su palacio de Katmandon, contemplando su sueño de ángel; sus juegos, sus sonrisas, sus grandes ojos, su carne rosa y tierna, sus manos pequeñas y sus pequeños pies!...

¡Tendría catorce años! Sería bella, bella como Nowla, más bella acaso, sí, y más bella que esta extranjera entrevista hacía poco, que despertaba la admiración de los hombres.

¿Por qué no las había cuidado mejor?

En el seno de su capital, en el fondo de su palacio, bajo la guardia de tantos esclavos, las había creído en seguridad.

Y, sin embargo ¿qué había sido de ellas?

¡Muertas!

¿Y lo podía dudar?

Bien conocía el fanatismo de las tribus indias que se creen deshonradas ante su dios por los amores de sus hijos con cristianos. La madre y la hija habían sido sacrificadas, por no haber podido los brahmines vengarse en él. La inutilidad de sus largas y ávidas rebuscas bien lo probaba.

Más de una vez había estado cerca de ponerse en campaña, renunciar á su puesto de residente y partir, como otras veces, solo, para vengarse exterminando á los que sabía eran los culpables, y, sobre todo, á aquel Sauton, en quien había adivinado, aunque tarde, al hermano de Nowla.

Pero los años pasaron, y él se adormeció en su dolor.

Demasiado generoso para vivir siempre con odio, el tiempo, cicatrizando sus heridas, le había hecho conceder razón á las supersticiones de los indios.

Casi se acusaba de haber sido el causante de su propia desgracia por haber violado las leyes de la hospitalidad.

Más recientemente, encargado de transportar el Koh-i-noor, había aprovechado esta misión para adquirir una prueba material de la suerte corrida por las que tanto había llorado.

En vano.

La tribu entera á que Nowla perteneciera, se había expatriado, huyendo de la reprobación de las tribus vecinas. Se le informó tan sólo que el viejo patriarca había muerto, y que Sauton no volvía.

Desesperado, sin poder esclarecer este misterio, se acordó que en Londres tenía dos sobrinos huérfanos.

Cuando niño había amado mucho á su hermana Nancy.

— Si Dick se parece á su madre, pensaba, tiene de parecerse á mí también... Y en cuanto á Mary, que debe tener poco más de la edad de Miriam, reemplazará en mi corazón á la hija perdida.

Sir Franck se repetía todo esto mientras el cab le paseaba por Hyde-Park.

— Vamos, vamos, continuaba, yo ya no estoy en la India, sino en Londres... Ya no soy Residente sino un simple ciudadano ávido de reposo. El pasado es el pasado, y yo debo soñar lo menos posible... Es hacia el porvenir á donde debo volverme, hacia el porvenir de estos muchachos, á quienes debo afección y protección, y de quienes espero hacerme amar un poco.

« Durante mucho tiempo he vivido solo, egoísta y triste, con el recuerdo de ternuras que no han de volver... Los nuevos cariños, teniendo un objeto más real, me distraerán y me consolarán... Quiero saber si Dick y Mary son dignos de lo que quiero hacer por ellos... Y ¿por qué no lo han de ser? Por otra parte, mi hermano tiene aire de hombre honrado. Yo he tenido la culpa de no haberlo conocido antes. Mi primera entrevista con él me ha dejado excelente impresión, y debo alegrarme en lugar de entregarme al mal humor...

... Y ahora que me recuerdo, no he salido tan sólo para pasearme, sino también para buscar casa...

Después de haberse abandonado á una continuidad, de ideas, cuyo punto de partida fué su encuentro en Picadilly, sir Franck había olvidado este encuentro y pensaba en otra cosa.

Sin embargo, Jim siguiendo la consigna recibida de Uckrill, había salido de « Hyde-Park », dirigiéndose hacia « Constitution-Hill », pasando por el palacio de

Buckingham, al que, por otra parte, sir Franck había concedido poca atención.

Después había seguido por « Mall » á lo largo de « Saint James Park » hasta « Admiralty ».

Ahora paseaba á su cliente á través de un barrio mitad cómodo, mitad lujoso, compuesto de villas rodeadas de árboles, llamado « Los Jardines. »

Los Jardines tienen su historia.

Todas estas villas pertenecían á nobles, á financieros ó á ricos comerciantes de la Cité que tienen amores de contrabando.

En medio de estos « jardines » serpenteaba una callejuela miserable, cuyos habitantes eran la flor de los bandidos de la capital. La ralea de Londres ahí se encontraba bien, y por una excelente razón : la parte trasera de las casas de esta callejuela daban á los jardines de gentes honorables, y bastaba un salto, hábilmente calculado, para detener las persecuciones de los respetuosos policemen. Algo como un asilo. Se tenía la costumbre de llamar á la callejuela « Los jardincitos de Cremonne ».

Estos detalles tienen su importancia, como se podrá ver ; pero sir Franck que llegaba de la India, los ignoraba.

Por otra parte, Jim había tenido buen cuidado de evitar la callejuela, y su cliente sólo había visto las villas elegantes. En la verja de una de ellas, precisamente, colgaba el anuncio.

« Se vende ».

— Hola, pensó sir Franck, más me agradaría vivir

aquí que en un barrio ruidoso como los que hemos atravesado.

Y, dirigiéndose á Jim.

— ¿Estamos lejos de Poultry?

— Alrededor de dos millas, milord, respondió éste.

— Estaré á buena distancia de Adrián, pensó sir Franck.

Dió orden á Jim de detenerse ante la casa.

Esta era de apariencia aceptable, estilo elegante y sobrio, adivinándose desde lejos la comodidad.

— Será preciso que pida al alderman que venga á verla conmigo, se dijo. Después, pensando mejor.

— ¿Por qué no la veo yo en seguida? Yo sé mejor que Adrián lo que me conviene ; y así no molestaré á mi hermano ; que, á lo que me parece, es un hombre muy ocupado.

Habiendo razonado así, miró más atentamente el anuncio, y se informó que para todo lo concerniente había que dirigirse al legista Roberto Vaughtan, en « Saint-Martin Lane. »

Como « Saint-Martin Lane » estaba muy cerca, según le explicó Jim, sir Franck se hizo conducir inmediatamente, y á la media hora volvía en compañía de un hombre de treinta y cinco años, correctamente vestido de negro, de lentes con montadura de oro y toda la apariencia de un honrado hombre de negocios.